
Editorial

IX

Historia y Ciencia

Que la ciencia —las ciencias— tiene(n) su historia, es algo tan sabido como, en algunos sentidos, carente de interés: toda actividad, todo acontecimiento, por el mero hecho de ser, o de haber sido, sintetiza, manifiesta o esconde una secuencia temporal de sucesos y relaciones («Todo tiene una historia», escribió en cierta ocasión el científico J. B. S. Haldane). Pero, ¿tiene ciencia la historia? O dicho de otra forma, ¿qué lugar ocupa la ciencia en las reconstrucciones históricas? La respuesta a esta pregunta es directa y desconsoladora: muy poco. La historia de la historia —historiografía— universal contiene obras paradigmáticas, clásicos de la disciplina, nombres de historiadores que han dejado huella y memoria —los Tucídides, Burckhardt, Toynbee, Americo Castro, Bloch o Braudel, por nombrar algunos—, pero cuando uno busca en esas obras y autores, al igual, naturalmente, que en otras y otros no tan señalados, a la ciencia, engarzada, integrada en su narrativa como un elemento más, de cambiante relevancia, pocas veces la encuentra. Parece como si lo único que importase en la historia «general» fuese el acontecimiento o la trama política; como si todavía estuviésemos en los tiempos en los que se repetía, con pretensiones metodológicas y normativas, aquella célebre frase de John Seeley, Regius professor de Historia en Cambridge: «la historia es la política del pasado, y la política es la historia del presente». Pero ¿es posible la «política» —y los políticos, claro— sin «todo lo demás», aquello de lo que la vida y la sociedad realmente se nutren, llámese agricultura, ganadería, industria... o ciencia?

Bajo el impulso de la denominada «escuela de los Annales», han surgido en las últimas décadas movimientos que nos hablan, por ejemplo, de la historia cultural, de la «historia desde abajo», de la microhistoria, de la historia total, de la importancia de la historia de las imágenes, de la historia oral, o de narrativa e historia. Nadie negará, por supuesto, el interés e importancia de semejantes planteamientos y visiones, pero ninguno de ellos ha aliviado, ni pretendido siquiera, intensificar el

papel de la ciencia, los científicos, las instituciones científicas, o incluso de la «política científica», en las reconstrucciones históricas; esto es, integrar historia y ciencia.

El caso español no es sino un ejemplo más en tal dirección. Un ejemplo al que una coyuntura temporal particular concede ahora una cierta actualidad. De la mano de las conmemoraciones del centenario del mítico y lamentado 1898, han comenzado a aparecer obras —algunas verdaderamente magníficas— dedicadas a analizar la historia de la España del siglo XIX, especialmente, pero también del XX. Y sorprende, si uno no estuviera ya habituado a ello, darse cuenta del minúsculo papel, de las menciones tan pequeñas —¡y en general tan tópicas, repetidas y manoseadas!— que se dedican a la ciencia española. Ramón y Cajal es, por supuesto, referencia obligada —normalmente como isla en un extenso océano—, y, en las monografías más ambiciosas, la industria encuentra su lugar a través de la historia de la economía, sobre cuya importancia no es necesario, evidentemente, insistir. Pero no es suficiente. Ni intelectualmente legítimo, me atrevo a añadir, mantener semejante marginación... o ignorancia.

La ciencia española, como ausencia o como presencia, para muchos como problema, debe ocupar un lugar en las reconstrucciones históricas generales. Insisto: en las historias «generales». No me estoy refiriendo ahora a la historia de la ciencia, sino a las visiones más amplias, y legítimamente más ambiciosas, que todo colectivo —en este caso, nación— debe poseer y fomentar. En el umbral del siglo XXI, parece innecesario debatir acerca de si la ciencia ha sido o no un factor de importancia en la historia de las dos últimas centurias. No comprenderemos, por consiguiente, realmente nuestra propia historia —ni estaremos preparados para orientar y encarar el futuro— si no afrontamos, desde todos los campos de la reflexión histórica, la tarea de insertar la ciencia en la historia.

José Manuel Sánchez Ron